

La noche en vela

José se pasó el dorso de la mano por la frente. La mano se llevó el frío del sudor. Trató vanamente de levantarse sin hacer ruido. Hubiera querido flotar sobre las sábanas. La tela adherida sobre la piel mojada sonó en el roce como un latigazo. Desde el patio llegaban los ladridos incesantes de Paco y Pico.

- No te preocupes, estoy despierta. – le dijo María.
- Yo tampoco puedo dormir. Esos condenados perros que no paran de ladrar.- contestó y se fue, arrastrando el insomnio hasta la cocina.

La ventana estaba abierta. El brillo del plenilunio perfilaba perfectas las siluetas de las bestias. Los espinazos cortaban esa luz de luna como cuchillos sobre los flancos oscuros, ahuecados por el hambre. Paco sacudía su cadena contra la chapa que les servía de amparo. Se reconocía por inquieto.

José buscó con resignación el plato con la comida.

- Estos ya ni comen, no lo entiendo.- dijo José, pensando en voz alta.

Encendió la luz. Los perros callaron. Siempre era igual desde hacía meses. Tomó el plato preparado bajo la pileta de cemento, salió al patio y lo dejó al alcance de los animales. Temió acercarse, el viejo Pico casi no veía y de noche era peor. Un par de gruñidos sordos lo acompañó en el camino de regreso a la cocina. Por un momento los perros callaron. José apagó la luz y a tientas buscó el pasillo y la cama.

Desde que faltaba Luis todo era distinto. El eje de la casa eran sus veinte años . Ni bien José se acomodó la almohada los ladridos comenzaron nuevamente. Decidió no levantarse otra vez, a pesar de todo. Sabía que al clarear el día las bestias, roncadas y casi ahogadas por sus cadenas, callarían por fin dejándolos dormir un rato. Extrañaba a Luis. Tal vez más que la misma María.

Entre el alboroto de los animales José podía percibir el ominoso silencio de la habitación vecina, esa a la que ya no se atrevía. Era como si toda la llanura de las noches se hubiese encerrado en ese cuarto juvenil y a oscuras. Pensó nuevamente en Luis. El silencio es una llanura, las noches antes solían serlo...

Dolorido, trató de acomodarse. Los ladridos seguían descolgándose como bombas. José perdió la noción del tiempo ante la insoportable igualdad de los instantes. Y se levantó nuevamente.

Bajo la parra, grandes gajos vencidos por el peso de racimos de uva chinche jugaban su equilibrio con el leve viento de la madrugada.

- Tenés que cortar los racimos maduros. – le había dicho María esa tarde.

José miró el piso de cemento mancillado aquí y allá por grandes pegotes oscuros. Ella tenía razón, Luis ya no estaba en casa para ese trabajo. El lo intentó. La tarde anterior, su breve acrobacia en la vacilante escalera de madera le había costado un golpe y un corte en la pierna

Ahora, sentado en el banco de cemento maldijo el frío. Le dolía la cadera. Pero los perros se habían callado. Caprichosos equilibrios propone la vida, pensó. “Debo ser como este viejo patio, alguna vez recto y terso. La tarea subterránea de las raíces rompió su plano aflorando en quiebres profundos, y así me siento.”

En verdad se sentía cansado, una vejez de noches en vela es un despilfarro de energía. Miró con odio hacia los perros que comenzaban a jugar ramoneándose el lomo. No los podía odiar del todo. Eran los perros de Luis.

Entró nuevamente y ellos comenzaron a ladrar...

“Al menos nadie se queja”, pensó. Los vecinos no venían a la casa desde que Luis ya no estaba. En ese barrio de viejos, Luis había sido como un faro: ayudaba con las cartas,

indicaba cómo llenar laberínticos formularios. El joven Luis era apreciado por todos...Se resignó, nadie vendría ahora aunque el ladrido de los perros fuese demasiado habitual...

Por fin llegó María. No la oyó levantarse. Se encontraron en la cocina. Ella encendió la luz. Entonces los animales callaron. Ella le curó nuevamente el corte de la pierna. Ella y él.

- ¿Habrá faltado darle algún punto de sutura?- preguntó José.
- No lo creo. Es un tajo pequeño y poco profundo.- contestó María.

Intentó pararse. Le dolía hasta el alma, pero no el orgullo. Ya no le quedaba.

- ¿Quieres que te llame al médico, viejo?
- No. Menos a esta hora. Vamos a la cama. No insistas, estaré bien.

Ni bien apagaron las luces los perros comenzaron a ladrar. Y fue María a acercarles la comida. Pero los ladridos continuaron cuando ella hubo de acostarse nuevamente.

- Parece que no comen. – dijo José.
- Nunca lo hacen. Sólo con Luis comían.- Dijo María.

Es verdad, pensó José. Cuando estaba Luis los perros no ladraban como bestias histéricas. Comían al anochecer y como Luis estudiaba en su cuarto hasta la madrugada, Paco y Pico se quedaban al pie de la ventana, en el patio. Ellos dormían al sereno, en ese cuadrado de cemento iluminado, mientras la música de los Beatles, a muy bajo volumen, vestía los silencios en la habitación de Luis. Y así estaban esa noche fatal.

José odió durante algún tiempo a los perros mansos y confiados que no alertaron cuando entró el grupo comando que se llevó a Luis. Lo cierto es que el viejo Pico había intentado algo pero la certera patada de un grueso borceguí terminó su atropellada contra una pared. En realidad los malos no eran los perros...

Mientras los ladridos seguían en forma incesante José tuvo algo más que una idea. Una revelación. Se levantó a duras penas.

- ¿Adónde vas?.- le dijo María
- Ya vuelvo.

Arrastrando la pierna derecha salió de su habitación y abrió la de Luis. Encendió la luz. Todas las cosas estaban en orden. Pronto terminó allí. Salió al patio. Del viejo tocadiscos llegaba muy suave “Yesterday”, la preferida de su hijo. Soltó al viejo Pico y luego a Paco. Ambos fueron acomodándose en el patio, sobre el cuadrado de luz. Ya no ladraban. Olisqueaban el aire y se quejaban suave y lastimeramente. José les acercó el plato con comida y se volvió a la cama.

Había descubierto que los perros son tan fieles como las ausencias. La luz quedaría en el cuarto y también la música, como cuando Luis estaba. Ahora todos podrían dormir.